

Véase cómo, mientras Santa Ana se inmovilizaba torpemente en una defensiva pasiva absoluta, exasperando sus tropas con la inquietud y angustia del futuro combate contra un enemigo que ha vencido siempre; el general Scott, por el contrario, obra con actividad, no pierde tiempo, observa y tantea á su adversario para saber dónde está más débil, y allí pegarle. Sus exploradores y sus ingenieros le dicen que rodeando las posiciones mexicanas de la izquierda, — lo que es factible, — se le puede sorprender por la espalda, tanto más cuanto que el cerro del Telégrafo que domina dicha izquierda, apenas está ocupado por un batallón y una batería, y que el cerro de Altalaya que se liga con éste, está abandonado, convidando á los americanos á ocuparlo para apoyar su fácil movimiento envolvente. ¡Hé aquí que, de antemano estaba ya perdido el ejército de nuestra patria, entregado al Invasor por la fatal impericia del general Santa Ana!



XIII

BATALLA DE CERRO GORDO

Durante la noche del 17, vispera de la batalla, el general Santa Ana ordenó que se reforzara el cerro del Telégrafo, haciendo subir á la cima dos piezas de á 12 y una de 16; pero esta última no llegó sino hasta media falda, mandando á los jefes de ingenieros que concluyeran á toda prisa las fortificaciones más urgentes y más propias para la defensa de la posición.

¡Muy tarde abría los ojos á la realidad el ofuscado y orgulloso jefe! Si desde un principio hubiese atendido las justas observaciones que le hizo el teniente coronel Robles, acerca de la conveniencia de fortificar poderosamente la izquierda, por donde podría ser envuelto el ejército, no hubiera sido tan fácil la Victoria al enemigo. La llave de la posición era indudablemente el cerro del Telégrafo. Tomado éste, las columnas americanas dominarían todo nuestro centro, el camino y las reservas, facilitando la marcha de la fuerza envolvente que iría á caer, sin dificultad, á nuestra retaguardia, cortando el camino de Jalapa, cerrando al ejército la retirada y sitiando las altas posiciones de la derecha

donde tanto lujo de atrincheramientos y tropas se había desplegado, sin necesidad. En el croquis adjunto se advierte claramente el plan sencillo del general Scott, quien aunque tenía por seguro el triunfo, nunca lo juzgó tan fácil. ¡Cómo creer que su adversario le había de entregar con tan escasa resistencia el cerro del Telégrafo, centro decisivo de la batalla!

Insistimos en estas consideraciones para que se comprenda por qué se perdió tan pronto esta memorable jornada, destruyéndose, casi por completo, todo un ejército, sin que hubiese combatido sino una muy pequeña parte, desbandándose el resto que fué despedazado á sable, bayoneta y fuego, sin haber resistido con denuedo, como en la Angostura, Monterrey y Veracruz.

Mientras el general Santa Ana acudía aquella noche á fortalecer su izquierda con un irrisorio trozo de batería, el enemigo se dedicaba activamente á concentrar sus columnas de su derecha y á establecer en el cerro del Atalaya las plataformas necesarias para sus piezas de grueso calibre, bomberos y obuses, aparte de los cañones de montaña, instalados desde en la tarde. Otras piezas de artillería situáronse audazmente en puntos avanzados hacia la batería de nuestra derecha.

Poco antes del amanecer nuestro general en jefe, acaso con el tardío presentimiento de ser aniquilado por aquella fatal izquierda que él creyó *impracticable aun para conejos*, hizo colocar por sí mismo una batería de 5 pequeños cañones sobre un montículo, á la orilla del camino, á retaguardia y paralelamente al cerro del Telégrafo, enviando para sostenerla al 11º batallón.

Á lo largo del camino permaneció tendida la caballería, al mando del general Canalizo, quedando también en reserva los batallones 3º y 4º Ligeros. Hizo subir al Telégrafo el 4º de Línea y 1º y 2º Ligeros. El resto de las tropas continuaría, como antes, en las posiciones de la derecha.

Al romper la alborada, la fuerte batería americana del Atalaya saludó con sus fuegos el cerro del Telégrafo que contestó al instante, dando principio la batalla. Entonces la columna de la izquierda enemiga al mando del general Pillow, fraccionándose en dos secciones paralelas, empezó á moverse cerca del camino de Plan del Río á Cerro Gordo, sobre nuestra extrema derecha, apoyada por suficiente reserva y los fuegos de la batería americana instalada la noche anterior.

El adversario, después de algunos instantes de nutrido fuego de bombas, granadas, bala rasa y cohetes á la Congreve con que estuvo batiendo el Telégrafo, lanzó sus primeras columnas de ataque sobre este punto, en tanto que otras columnas, al mando del general Shilds, compuestas de la 3ª brigada de Voluntarios, fué á rodear tras del Atalaya y tras las vertientes de la izquierda del mismo cerro del Telégrafo, atravesando bosques y escabrosos barrancos, con el objeto de ir á caer á nuestra retaguardia por el camino de Jalapa, para envolver las posiciones y cortar la retirada del ejército mexicano.

El empuje principal del americano, fué el de su centro, dirigido por el mismo Scott, desde la base del Atalaya contra su gran objetivo, — el cerro del Telégrafo, — completando el éxito de este golpe á fondo, el movimiento envolvente de las columnas de la derecha, habiendo engañado y distraído la atención

de nuestras fuerzas con el ataque de las de su izquierda contra las posiciones de la derecha mexicana.

Al principiar los fuegos de artillería en el Telégrafo, Santa Ana que se hallaba en el centro, cerca del camino, permaneció unos instantes á la expectativa, y habiendo oído poco después el estampido del cañón á su derecha, volvió á su primitiva creencia de ser atacado principalmente por aquel extremo, así es que se dirigió á él para apoyar el combate, y como escuchara más y más vivo el cañoneo en el cerro del Telégrafo, mandó decir al general Vázquez que no desperdiciara el parque y abrigase á la tropa del fuego enemigo. Pronto hubo de convencerse de que todo el esfuerzo de su adversario se concentraba contra el Telégrafo, sobre cuya falda avanzaban á la carga las columnas americanas, sustituyéndose al estruendo de la artillería el graneado de la fusilería, lo que anunciaba la proximidad de los combatientes. Entonces Santa Ana volvió, á galope, á la izquierda, mandando subir al cerro á sostener la lucha, los batallones 3º y 4º Ligeros que habían quedado como reserva.

Encarnizada y terrible estallaba la refriega por la falda anterior del cerro. Los americanos avanzaban protegidos por la misma espesura del monte, entre cuyas asperezas y zarzales se ocultaban perfectamente. La nube de tiradores que sus columnas destacaban al frente, hacía un fuego seguro cuando llegaba á los grandes claros, á través de los cuales enviaba la muerte á nuestros soldados que contestaban con sus descargas de fusilería, lanzando gritos de guerra y ¡vivas! á la patria. Apenas los enemigos aparecían á pecho descubierto para avanzar en el ataque, cuando rodaban, cadáveres, sobre el campo; más nunca se aclaraban sus

filas, pues los que caían eran reemplazados al punto por otros, y otros, que parecía vomitar la selva y los peñascales, entre el humo espeso de la pólvora y del incendio de la arboleda y del zarzal, humo fatídico cuyo olor acre excitaba con una embriaguez de cólera, odio y muerte, rasgado á intervalos por los súbitos relámpagos de los rifles y fusiles....

Acibillado de balas cayó el coronel Palacios, comandante de la artillería, y poco después, entre una ráfaga de fuego expiraba el general Vázquez al lado de otros valientes soldados y oficiales que ensangrentaban el campo. ¡Todos morían victoreando á México!...

Scott á su vez veía rodar á sus bravos Rifleros heridos por nuestra metralla; pero el grueso de sus columnas empujaba la destrozada vanguardia, que pronto llegó hasta los parapetos, donde los oficiales beligerantes se lanzaron pistoletazos á quema ropa, y los soldados cruzaron sus bayonetas, entre un espantoso griterío....

¡Y fué imposible resistir al poderoso empuje del asaltante! Los nuestros cedieron, arrollados, ocupando el enemigo la cima, de donde, como un torrente, como una cascada humana se despeñaban por la vertiente opuesta del cerro los soldados mexicanos, ametrallados por sus mismos cañones, que el adversario había vuelto contra ellos!

Momentos antes el general Santa Ana, frenético y desesperado, enviaba cuantas fuerzas había á su alcance para sostener la resistencia, comprendiendo cuando ya no había remedio, que la pérdida del cerro era el aniquilamiento del ejército y el triunfo del enemigo. En vano él y sus oficiales intentaron hacer volver á la lucha á los que principiaron á cejar; en vano el 3º ligero que había permanecido de reserva

tras la cima, fué llevado al combate : ya el enemigo era dueño de aquélla, y volteando nuestras piezas barría el resto de los primeros batallones que tan bravamente habían combatido!

Una de las columnas de la izquierda enemiga en el cerro había ido á impedir que nuevos cuerpos mexicanos reanudaran la pelea, disputándose otra vez la posición, mas cuando se vió flotar en lo alto del monte la bandera norteamericana, aquellos cuerpos dieron media vuelta.

Otra columna contraria, en su extrema derecha fué á rodear la falda del Telégrafo, subiendo por la vertiente occidental, casi á espaldas de los parapetos, y después de batirse con algunas compañías nuestras que la habían hecho detener algún tiempo, fué á desembocar en lo alto, en el instante en que el cerro era tomado por el frente, y cuando unos sargentos americanos arrancaban del asta nuestra bandera, reemplazándola por la suya.

Ocupada la cima, los asaltantes con sus cañones y los nuestros, colocados en puntos que dominaban el camino, batieron á la masa de tropas que se aglomera en él y sus costados, enviando granadas y cohetes, en tanto que la infantería de su reserva hacía fuego con sus rifles. ¡Desde aquel momento la batalla estaba perdida!

De muy diverso aspecto fué el combate en nuestra extrema derecha : en esa parte de la línea puede decirse que triunfamos. La fuerza enemiga que marchó al asalto de nuestras baterías fué rechazada con grandes pérdidas, cuantas veces cargó, teniendo al fin que retirarse lejos de los fuegos de la artillería mexi-

cana; mas como había orden del general Scott de no empeñar un ataque á fondo, sino simples demostraciones para engañar á los nuestros y distraer sus fuerzas, mientras se les abrumaba en el Telégrafo, se mantuvo el jefe de las columnas rechazadas á la expectativa, frente á nuestras baterías.

Parte de las fuerzas vencedoras en el Telégrafo descendieron por la derecha con el objeto de apoderarse de la batería de 5 cañones que Santa Ana mismo había instalado en una altura, á espalda de aquél. El jefe de dicha batería que había hecho fuego algún tiempo, ni siquiera intentó resistir, bien es que se lo impedía el mismo espeso oleaje de fugitivos que llevaba el pánico al resto de las tropas de reserva.

Una inmensa desmoralización se produjo en el ejército mexicano : era que todos, jefes, oficiales y tropa, comprendían súbitamente, con esa intuición de verdad que proporcionan las grandes catástrofes, que todo se había perdido; que el enemigo desde la cima del Telégrafo era dueño y rey del campo; que aquel punto debió haberse fortificado poderosamente, y que las tropas amontonadas en el camino y encaramadas en las alturas de la derecha, antes de ser tomadas por la espalda impunemente, debían retirarse por la vía de Jalapa.

Mas he aquí que la columna americana que había hecho un gran rodeo desde el centro de sus posiciones, atravesando los barrancos y desfiladeros, en torno de las vertientes occidentales del Telégrafo, por donde se había practicado camino desde los días anteriores, por el esfuerzo y ciencia de sus ingenieros, como ya lo hemos apuntado, desembocó sobre nuestro flanco izquierdo, amagando toda nuestra retaguardia y yendo

una de sus fracciones á cooperar á la toma de la batería de reserva. La presencia de esa columna que repentinamente aparece á la espalda del ejército, remacha por fin, de un solo golpe, la derrota, cortando nuestra retirada.

Ya ni siquiera hubo el recurso de salvar los cuerpos de reserva y los de la derecha, los que, tomada la batería del camino, tuvieron que capitular, en tanto que la caballería de la extrema retaguardia, imposibilitada para efectuar en aquellos escabrosísimos terrenos cualquier maniobra salvadora, se retiró á escape por el camino de Jalapa.

Para colmo del desastre, acababa de llegar á nuestro campo una brigada compuesta de los batallones Activos y de Guardia Nacional de Puebla, que á marchas forzadas se habían hecho venir por orden de Santa Ana. Esta fuerza entró al espacio de nuestras reservas cuando todo era pánico y desmoralización en las filas mexicanas.

La columna envolvente enemiga, después de apoderarse de la batería del camino, rompió sus fuegos á derecha é izquierda de nuestra retaguardia, tratando de impedir el escape del general Santa Ana, quien, cortado por completo, viendo desde lejos despedazado á balazos su coche y contemplando en poder del enemigo trenes, y bagajes, y carros con dinero que la víspera recibiera para socorro de las tropas (\$ 16,000,00) tuvo que encumbrar las cuevas de la derecha, seguido de multitud de jefes y oficiales que en gran confusión y desorden buscaban en la fuga la salvación de sus vidas....

El norteamericano victorioso, excitado por un triunfo relativamente fácil, cañoneaba nuestras masas de fugitivos y los acuchillaba á su sabor, habiendo cerrado

el camino de Jalapa por donde sólo pudo escapar, como ya dijimos, la caballería, sin haber realizado ningún esfuerzo.

Y ya no fué batalla aquello, sino feroz y estupenda carnicería, en que las balas, sables y bayonetas del enemigo hicieron derramar sangre mexicana á torrentes.

Principió la persecución, activa, atroz, implacable. Nuestro general en jefe, naturalmente, fué quien más pronto logró desaparecer del campo, hundiéndose en la profunda barranca de Plan del Río, hasta que remontando los cerros de la margen opuesta, pudo alejarse de toda persecución.

¡ Cuán pronto y qué tristemente había terminado la batalla de Cerro Gordo !

¡ Y qué lúgubres debieron resonar en el alma del general presidente los últimos lejanos y melancólicos estampidos del cañón enemigo, acabando la matanza fácil é impune de las tropas mexicanas, repercutiendo como los postreros golpes de hacha que tajaban al ejército de la bandera tricolor, al ejército al que había enardecido aquel jefe supremo con la proclama en que le decía pomposamente : « *Vamos á lavar la deshonra de Veracruz!* »

El infeliz y menguado Santa Ana, si alguna vergüenza tuvo, no debió haber olvidado nunca los últimos cañonazos de Cerro Gordo !

Innumerables partidas de caballería hicieron una feroz y activa persecución á los fugitivos por diversos rumbos, especialmente por el de Jalapa, por donde destacaron en pos de nuestra caballería secciones de rifles á caballo y baterías ligeras.

Después de vagar prófugo y vergonzante por entre las selvas y quiebras que bajan á la costa oriental, á punto, varias veces, de ser cazado por las avanzadas del Invasor que en verdaderas jaurías lo perseguían, Santa Ana llegó á Orizaba milagrosamente, salvo y libre.

Y allí, reuniendo los innumerables dispersos de Cerro Gordo, — sobre quienes, de paso, descargó su injusta cólera, á duras palabras y aun á latigazos — estableció su Cuartel General, disponiéndose á proseguir la lucha con las fuerzas que aun quedaran después del desastre, unidas á las de Oaxaca y otros puntos, combinando el plan de una nueva campaña.



XIV

ANTE LA CAPITAL

« Nada ofrecía ya seguridades de luchar de un modo apropiado, con el enemigo. El Gobierno y el Congreso contemplaron en toda su desnudez la ineptitud de aquel general de arranques momentáneos, con los que fascinó siempre á la gente impresionable; y en medio de la falta de fe y de esperanza de todos, nadie, no obstante, se atrevía á hablar de negociaciones de Paz. »

General BERNARDO REYES.

Ante el desastre de Cerro Gordo, la capital de la República, enardecida como siempre por la efervescencia de los odios políticos que la dividían, sintió por fin que la estocada del fuerte enemigo norteamericano le atravesaba el flanco con ímpetu de muerte. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer cuando lo mejor del ejército que Santa Ana había llevado á la batalla estaba aniquilado, salvándose apenas la división de caballería y tales cuales trozos de batallones mal reunidos en torno de Orizaba, Chalchicomula y Puebla?

El Presidente interino, Anaya, hizo esfuerzos prodigi-